



JENNIFER CHIAVERINI

El círculo clandestino que combatió a Hitler
desde el corazón del Berlín nazi.

FL 4894

LAS MUJERES DE LA ORQUESTA ROJA

«Una historia fascinante y compleja sobre el coraje
de la gente normal». —*Kirkus*

El círculo clandestino que combatió a Hitler desde el corazón del Berlín nazi.

Mildred Fish, una joven recién graduada, se casa con el brillante economista alemán Arvid Harnack, al que acompaña a su país natal, donde un prometedor futuro los está aguardando. Los recién casados se crean una nueva y enriquecedora vida llena de amor, amigos y trabajo dentro del floreciente ambiente cultural e intelectual del Berlín de 1930. Pero el imparable ascenso de una nueva y malvada facción política cambia para siempre su destino.

Mientras Adolf Hitler y el partido nazi, a base de violencia y mentiras, se hacen con el poder, Mildred, Arvid y sus amigos deciden resistir. Mildred recoge información para compartir con sus contactos estadounidenses que incluyen a Martha Dodd, la vital y moderna hija del embajador de Estados Unidos en Berlín. Además sus amigas alemanas, Greta Kuckhoff, escritora en ciernes y Sara Weitz, estudiante de literatura, arriesgan su vida para recoger información de periodistas, militares y oficiales de los más altos rangos del régimen nazi.

Durante años la red de Mildred lucha en la sombra para acabar con el Tercer Reich desde dentro. Pero, cuando un operativo de radio nazi detecta una señal rusa, la célula de Harnack queda expuesta, con fatales consecuencias.

Inspirada en hechos reales, *Las mujeres de la Orquesta Roja* es una historia emocionante e inolvidable sobre gente normal que se resiste a permitir que el mal triunfe, sacrificando sus propias vidas y su libertad para luchar contra la injusticia y defender a los oprimidos.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Las mujeres de la Orquesta Roja](#)

[Prólogo Noviembre de 1942](#)

[Mildred](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo uno Junio-octubre de 1929](#)

[Mildred](#)

[Capítulo dos Octubre de 1929-julio de 1930](#)

[Greta](#)

[Capítulo tres Octubre de 1930](#)

[Sara](#)

[Capítulo cuatro Octubre de 1930-agosto de 1931](#)

[Mildred](#)

[Capítulo cinco Septiembre de 1931-enero de 1932](#)

[Greta](#)

[Capítulo seis Enero-junio de 1932](#)

[Mildred](#)

[Capítulo siete Julio de 1932](#)

[Sara](#)

[Capítulo ocho Abril-noviembre de 1932](#)

[Greta](#)

[Capítulo nueve Diciembre 1932-febrero 1933](#)

[Mildred](#)

[Capítulo diez Febrero-marzo de 1933](#)

[Sara](#)

[Capítulo once Marzo de 1933](#)

[Mildred](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo doce Marzo-abril de 1933](#)

[Greta](#)

[Capítulo trece Marzo-abril de 1933](#)

[Sara](#)

[Capítulo catorce Abril-mayo de 1933](#)

[Mildred](#)

[Capítulo quince Mayo de 1933](#)

[Greta](#)

[Capítulo dieciséis Junio de 1933](#)

[Sara](#)

[Capítulo diecisiete Julio de 1933](#)

[Martha](#)

[Capítulo dieciocho Julio de 1933](#)

[Greta](#)

[Capítulo diecinueve Agosto de 1933](#)

[Martha](#)

[Capítulo veinte Septiembre-octubre de 1933](#)

[Mildred](#)

[Capítulo veintiuno Octubre-diciembre de 1933](#)

[Martha](#)

[Capítulo veintidós Enero-junio de 1934](#)

[Sara](#)

[Capítulo veintitrés Junio-julio de 1944](#)

[Martha](#)

[Capítulo veinticuatro Julio de 1934](#)

[Mildred](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo veinticinco Agosto de 1934](#)

[Greta](#)

[Capítulo veintiséis Agosto de 1934](#)

[Sara](#)

[Capítulo veintisiete Agosto-diciembre de 1934](#)

[Martha](#)

[Capítulo veintiocho Enero de 1935](#)

[Mildred](#)

[Capítulo veintinueve Enero-febrero de 1935](#)

[Sara](#)

[Capítulo treinta Abril-mayo de 1935](#)

[Greta](#)

[Capítulo treinta y uno Junio-julio de 1935](#)

[Mildred](#)

[Capítulo treinta y dos Agosto de 1935](#)

[Greta](#)

[Capítulo treinta y tres Junio-septiembre de 1935](#)

[Sara](#)

[Capítulo treinta y cuatro Marzo-mayo de 1936](#)

[Mildred](#)

[Capítulo treinta y cinco Junio-agosto de 1936](#)

[Martha](#)

[Capítulo treinta y seis Agosto-diciembre de 1936](#)

[Greta](#)

[Capítulo treinta y siete Diciembre de 1936-enero de 1937](#)

[Sara](#)

[Capítulo treinta y ocho Marzo-agosto de 1937](#)

[Greta](#)

[Capítulo treinta y nueve Octubre-diciembre de 1937](#)

[Martha](#)

[Capítulo cuarenta Enero-junio de 1938](#)

[Mildred](#)

[Capítulo cuarenta y uno Marzo-septiembre de 1938](#)

[Sara](#)

[Capítulo cuarenta y dos Octubre-noviembre de 1938](#)

[Greta](#)

[Capítulo cuarenta y tres Noviembre de 1938-abril de 1939](#)

[Sara](#)

[Capítulo cuarenta y cuatro Mayo-agosto de 1939](#)

[Mildred](#)

[Capítulo cuarenta y cinco Agosto-septiembre de 1939](#)

[Greta](#)

[Capítulo cuarenta y seis Septiembre-octubre de 1939](#)

[Mildred](#)

[Capítulo cuarenta y siete Noviembre de 1939-marzo de 1940](#)

[Sara](#)

[Capítulo cuarenta y ocho Marzo-junio de 1940](#)

[Greta](#)

[Capítulo cuarenta y nueve Julio-septiembre de 1940](#)

[Mildred](#)

[Capítulo cincuenta Octubre de 1940-enero de 1941](#)

[Sara](#)

[Capítulo cincuenta y uno Febrero-junio de 1941](#)

[Greta](#)

[Capítulo cincuenta y dos Junio-julio de 1941](#)

[Mildred](#)

[Capítulo cincuenta y tres Julio-noviembre de 1941](#)

[Sara](#)

[Capítulo cincuenta y cuatro Octubre-diciembre de 1941](#)

[Greta](#)

[Capítulo cincuenta y cinco Diciembre de 1941-mayo de 1942](#)

[Mildred](#)

[Capítulo cincuenta y seis Mayo-julio de 1942](#)

[Sara](#)

[Capítulo cincuenta y siete Agosto-septiembre de 1942](#)

[Greta](#)

[Cuarta parte](#)

[Capítulo cincuenta y ocho Septiembre-noviembre de 1942](#)

[Mildred y Greta](#)

[Capítulo cincuenta y nueve Diciembre de 1942-enero de 1943](#)

[Mildred](#)

[Capítulo sesenta Enero-febrero de 1943](#)

[Greta](#)

[Capítulo sesenta y uno 15-16 de febrero de 1943](#)

[Mildred](#)

[Capítulo sesenta y dos 1943-1946](#)

[Greta](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

A las resistentes de ayer y de hoy

Prólogo

Noviembre de 1942

Mildred

Las pesadas puertas de hierro se abren y por unos instantes Mildred se queda inmóvil, parpadeando bajo la luz del sol. Una súbita ráfaga de aire fresco le acaricia la cara y le agita el cabello, dejándola sin aliento. El guardia la empuja para que pase al patio de la prisión, agarrándola del brazo con firmeza, haciéndole daño. Hay otras mujeres, todas ellas vestidas con idéntica indumentaria parduzca e informe, paseando despacio en parejas por el perímetro del cuadrado de grava. Las celdas de la prisión interna del cuartel general de la Gestapo de Prinz-Albrecht-Strasse están tan abarrotadas que apenas pueden moverse, y las presas aprovechan estos momentos para estirar los brazos y mirar al cielo, como bailarinas, como hojas de otoño secas esparcidas por una racha de viento.

¿Cuántas de ellas no habrían de volver a conocer más libertad que aquella?

—Nada de hablar —le recuerda el guardia, dándole un último empujón. Mildred tropieza, recupera el equilibrio y, como tiene prohibido pasear con las demás, echa a andar por la diagonal que une dos esquinas de los altos muros circundantes. Lo lleva haciendo cada día, durante diez preciados minutos, desde que la arrestaron hace dos meses, y, sin darse cuenta, sus miembros agarrotados y doloridos se adaptan a la rutina.

De manera deliberada, yergue la cabeza y da zancadas largas y regulares en un falso alarde de fortaleza que le cuesta un gran esfuerzo. Ha perdido peso, y por los mechones que se encuentra cada mañana en el camastro sabe que el exuberante cabello rubio de antaño es ahora quebradizo y blanco. Sufre continuos ataques de tos. Esa misma mañana, al apartar la mano de la boca y de la nariz, se ha visto gotitas de sangre en la palma. No hay medicina de sobra para la gente como ella, para los traidores al Tercer Reich, aunque ¿es correcto llamarla «traidora», teniendo en cuenta que es estadounidense?

Ni a sus carceleros ni a la ley, según la cual es estadounidense de nacimiento y tiene doble nacionalidad en virtud de su matrimonio, les importa. Para Adolf Hitler sí que tiene importancia, y mucha, que sea estadounidense, o eso le han dicho a ella. Y sin embargo Alemania es su hogar adoptivo, el lugar de nacimiento de su adorado esposo. Precisamente porque no soportaba separarse de él, se había quedado en Berlín incluso después de que el Gobierno de Estados Unidos advirtiese a sus ciudadanos que salieran del país.

Arvid. Se le parte el corazón al imaginárselo languideciendo en una celda abarrotada, fría y tenebrosa como la suya, en algún lugar no muy lejano, pero, en cualquier caso, inaccesible para ella. Los dos están pendientes de juicio. Quizá se vuelvan a encontrar en la sala de justicia, ellos y todos sus valientes y desafortunados amigos de la célula de resistencia que los nazis llaman *Rote Kapelle*, Orquesta Roja, por la «música» que emitieron a los enemigos del Reich. Se le hace raro que la Gestapo los considere un enemigo tan formidable como para merecer un nombre tan siniestro, como sacado de una novela de espías..., y eso que en la difusa red de escritores, profesores, economistas, burocratas, oficinistas y obreros no cuentan con un solo espía profesional.

Son personas corrientes, de todas las profesiones y condiciones sociales. Su querida amiga Greta Kuckhoff se crio en la pobreza, trabajó para pagarse los estudios y está decidida a darle a su hijo una vida mejor. Sara Weitz tuvo una vida rica y privilegiada hasta que los nazis tacharon a los judíos de indeseables y los despojaron de todos los derechos civiles y humanos. A Mildred se le parte el alma cuando piensa en Sara y en los demás estudiantes de su círculo: valientes, resueltos, idealistas, con toda la vida por delante, arriesgando más de lo que alcanzan a entender. ¿Dónde estarán ahora? Dispersos, algunos de ellos encarcelados en otros lugares, otros escondidos, otros huidos a tierras lejanas. Ah, si pudiera pedir ayuda a Martha Dodd una última vez..., pero Martha volvió a Estados Unidos después de que a su padre lo destituyesen de su cargo de embajador. Aun en el caso de que Mildred se las apañara para comunicarse con su amiga, tan impulsiva, tan abierta, ¿qué iba a poder hacer Martha?

De repente se pone a toser y se dobla, sujetándose los hombros para sobreponerse a las roncas convulsiones. Cuando puede, se endereza, aspira con fuerza, no hace caso al estertor premonitorio de sus pulmones y reanuda sus pasos en diagonal por el patio...

Y es tal su asombro que casi se frena en seco. Una presa que camina por el borde del patio la mira a los ojos con desolada compasión, tan evidente que a Mildred no le pasa desapercibida. La mujer está demasiado pálida y flaca para ser una recién llegada; seguro que conoce las funestas consecuencias a las que habrá de enfrentarse si los guardias la descubren mirando a Mildred con tanto interés después de que la hayan apartado del resto a modo de advertencia. Debe de saberlo, porque enseguida aparta la vista. A Mildred se le cae el alma a los pies, pero se recupera cuando la mujer la mira de nuevo de refilón esbozando una sonrisa de aliento, apenas perceptible.

Mildred siente fluir por su cuerpo un caudal de fuerzas renovadas. No es más que una mirada, pero a su alma desfallecida le sirve de alimento. Con el corazón palpitante, calcula a qué paso ha de recorrer la diagonal para cruzarse con la mujer en su lento paseo por el patio. Acelera el ritmo, no lo suficiente como para llamar la atención de los guardias, pero sí como para acabar cruzándose con ella en la esquina del fondo. En todo este rato no dejan de intercambiarse miradas furtivas, mensajes que dicen mudamente que no están solas, que siempre hay esperanza, que, cuando menos te lo esperas, un rayo de luz puede traspasar incluso el cielo más oscuro.

Y entonces se cruzan, aunque ni siquiera pueden detenerse lo suficiente como para tocarse las puntas de los dedos.

—Cuídate —susurra Mildred mientras se acercan arrastrando los pies y de nuevo empiezan a alejarse—. Estoy en la celda 25. No te olvides de mí cuando salgas. Me llamo Mildred Harnack.

Soy Mildred Harnack, se repite para sus adentros mientras se vuelve para cruzar de nuevo el patio. Mildred Fish Harnack. Esposa, hermana, tía. Escritora, erudita, profesora. Combatiente de la resistencia. Espía.

No te olvides de mí.

Primera parte

Capítulo uno

Junio-octubre de 1929

Mildred

El viento cortante que soplaba sobre las aguas en las que el mar del Norte se juntaba con el río Weser azotaba mechones de la trenza de Mildred y hacía que se le llenasen los ojos de lágrimas, pero por nada del mundo se habría apartado de la barandilla de la cubierta superior del buque de vapor *Berlin* mientras se acercaba a Bremerhaven. Diez días atrás, diez largos días después de nueve meses solitarios separada de su esposo del alma, el barco había zarpado de Manhattan con rumbo a Alemania, pero las últimas horas habían transcurrido con una lentitud insoportable. A medida que el barco iba entrando en el puerto, escudriñó a la multitud que estaba reunida en el muelle en busca del hombre al que amaba, sabiendo que estaba allí entre el gentío, esperándola para darle la bienvenida a su patria.

La sirena del barco bramó en lo alto, dos toques largos; los marineros y los estibadores lanzaron cuerdas y las anudaron con destreza. Los pasajeros se removieron impacientes, a la espera de que preparasen las rampas para el desembarco. Justo al borde del muelle, una banda de viento tocaba una alegre tonada de bienvenida; había hombres ataviados con los tradicionales pantalones de cuero, chalecos bordados y gorras con plumas, y mujeres con faldas acampanadas de color rosa y verde, blusas blancas y diademas de lazos y flores en el cabello.

Al oír su nombre transportado por el viento entre la música, Mildred recorrió la multitud con la mirada, agarrándose bien a la barandilla... y entonces le vio, vio a su querido Arvid, el cabello pulcramente peinado hacia atrás desde el nacimiento de la ancha frente, los bondadosos e inteligentes ojos azules por detrás de la montura de alambre de las gafas. La saludó ondeando lentamente el sombrero por encima de la cabeza, repitiendo su nombre, radiante de felicidad.

—¡Arvid! —gritó ella, y él respondió agitando nuevamente el sombrero, y a los pocos instantes Mildred había desembarcado y corría a sus brazos abriéndose paso entre el gentío. Hecha un mar de lágrimas, le besó sin hacer caso de las miradas de reojo de los pasajeros y los familiares más reservados que había alrededor.

—Mi cielo... —murmuró Arvid, acariciándole la oreja con los labios—. ¡Qué maravilla volver a abrazarte! Eres todavía más guapa de lo que recordaba.

Mildred sonrió y le estrechó entre sus brazos, presa de una dicha tan grande que le impedía articular palabra. Si la ausencia la había vuelto más guapa a ojos de Arvid, él, a los suyos, era todavía más apuesto.

Desde el día que se conocieron, tres años antes, su amor por él había ido creciendo sin límites. En marzo de 1926, a poco de llegar a la Universidad de Wisconsin con una prestigiosa beca Rockefeller, Arvid había entrado en su aula de Bascom Hall con intención de oír una conferencia del famoso economista John R. Commons y, para su sorpresa, se había encontrado a una mujer moderando un debate sobre Walt Whitman. Fascinado, se había sentado en la última fila, y después se había quedado para disculparse por la interrupción, explicando con un inglés encantadoramente imperfecto que había querido ir a Sterling Hall y que al parecer se había perdido. Embelesada, Mildred se había ofrecido a acompañarle al edificio correcto. Por el camino fueron charlando y al despedirse quedaron en verse otra

vez para estudiar juntos. Ella ayudaría a Arvid a dominar el inglés y él la ayudaría a mejorar su alemán, que había descuidado desde que de niña aprendiera los rudimentos en Milwaukee, la más alemana de las ciudades americanas.

Arvid se presentó a la sesión de estudio con un precioso ramo de fragantes gardenias blancas. La clase, en una cafetería de la esquina de las calles State y Lake, se convirtió en un largo paseo por el sendero arbolado de la orilla del lago Mendota. Mientras conversaban en una mezcla de inglés y alemán, Mildred se enteró de que Arvid se había doctorado en Derecho en 1924 y estaba haciendo un segundo doctorado en Económicas. Había venido a Estados Unidos a estudiar el movimiento obrero estadounidense, y, al igual que ella, estaba muy preocupado por los derechos de los trabajadores, las mujeres, los niños y los pobres. A ambos les apasionaba la educación y aspiraban a ser profesores de universidad, aunque Mildred también ansiaba escribir novelas y poesía, aparte de ensayos académicos y artículos.

A esta cita siguieron otras, y Mildred no tardó en darse cuenta de que se había enamorado de él hasta los tuétanos. Y, a su vez, descubrió que aquel hombre, superior a todos cuantos había conocido, la amaba, la admiraba y la respetaba.

El sábado 7 de agosto de 1926, dos días después de que Mildred aprobase los exámenes del máster, Arvid y ella se casaron en una ceremonia al aire libre en la granja de su hermano Bob, setenta hectáreas de tierra a unos treinta kilómetros al sur de la universidad. Durante dos años la pareja trabajó, estudió y disfrutó de la dicha de los recién casados en Madison, pero cuando la beca Rockefeller de Arvid llegó a su fin en la primavera de 1928, comprendieron que no podían permitirse que ella le acompañase de vuelta a Alemania.

—Venga, hagamos otra vez las cuentas —había dicho Mildred, estudiando las pulcras columnas de notas y cálculos escritas con la esmerada caligrafía de Arvid en un cua-